

Minipú

Es anoche reinaba en el circo una total confusión. La Flaca, el enorme hipopótamo, estaba teniendo un bebé. Tomás, el domador, apareció en la puerta de la carpa y le hizo señas a Teo, el papá hipopótamo, para que se acercara. Tomás lo empujó lenta pero firmemente y Teo asomó su enorme cabeza en el interior de la carpa.

Como los pétalos de una flor, fueron apareciendo debajo de la Flaca cuatro patitas, una colita pequeñísima, como un rehilete, y ¡por fin!, una carita cachetona adornada con una hermosa sonrisa.

Teo se limpió las lágrimas que corrían por sus mejillas y se acercó a su bebé. Tierna, tiernísimamente, juntaron sus narices y, por un instante, la tierra entera guardó silencio.

Teo había pensado muy bien lo que iba a decir a sus amigos: “Mi niño es la más pura alegría que he tenido en toda mi vida”. Pero a la hora de la hora se hizo un lío con las palabras. Estaba tan emocionado que empezó a tartamudear: “mi-ni-pu”.



Y el grito de “¡Minipú, Minipú, Minipú” se oyó hasta en las lejanas colinas.